

Filosofía y espacio público: del ágora clásica a las plataformas digitales

Philosophy and public space: from the classical agora to digital platforms

Román, Maximiliano E.¹

Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades

Resistencia (Chaco), Argentina

maximiliano.roman@comunidad.unne.edu.ar

Viera, Verónica A.²

Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades

Resistencia (Chaco), Argentina

veroviera@gmail.com

Resumen

La reflexión filosófica ha tenido históricamente un lugar privilegiado en el ámbito académico, configurando marcos conceptuales y metodológicos que han influido en la ciencia, la política y la cultura. Sin embargo, su proyección en la esfera pública sigue siendo un desafío ineludible para quienes buscan que el pensamiento filosófico dialogue con las problemáticas contemporáneas. En este sentido, resulta particularmente pertinente recuperar el planteo de Almeida Minjares (2016), quien distingue cuidadosamente entre difusión, divulgación y comunicación pública de la filosofía. Para la autora, mientras que la difusión se

¹ Profesor en Filosofía por la UNNE y Diplomado en Filosofía de la Liberación (UNJu, 2018), se desempeña como Profesor Adjunto por concurso en distintas cátedras de la Facultad de Humanidades y de la Facultad de Ciencias Exactas, Naturales y Agrimensura de la UNNE desde 2014, con dedicación semiexclusiva en Introducción a la Problemática Filosófica desde 2016. Ha sido becario de investigación de la UNNE y del CONICET (2008–2016) y desarrolla estudios en torno a movimientos sociales, criminalización de la protesta y conflictividad social mediante herramientas de programación y big data. Su trayectoria incluye publicaciones en libros, revistas y congresos nacionales e internacionales, así como la participación en proyectos de extensión, actividades de gestión y evaluación académica. Actualmente integra el Observatorio de Conflictos Sociales del Nordeste Argentino (CES-UNNE), consolidando una labor que articula docencia, investigación, extensión y gestión en el ámbito universitario.

² Profesora Universitaria por la Facultad de Humanidades de la UNNE, Profesora Superior en Artes Visuales por el ISPEABA *Alfredo Pértile*, Diplomada en Fotografía Social (UBA), estudiante de las carreras: Licenciatura en Filosofía (Facultad de Humanidades) y Licenciatura en Artes (FADyCC) UNNE, con formación en Coaching Educativo y Neuropsicoeducación.

limita a la transmisión de información en circuitos especializados y la divulgación se orienta a hacer accesibles conceptos y teorías a un público no experto, la comunicación pública de la filosofía implica un proceso más amplio de diálogo, participación e intercambio de saberes. No se trata únicamente de traducir el lenguaje académico, sino de generar espacios en los que la filosofía pueda ser interpelada, discutida y resignificada colectivamente.

Desde esta perspectiva, el aporte de García Norro (2012) resulta complementario, ya que enfatiza la dimensión crítica de la filosofía como herramienta para la construcción de ciudadanía y el fortalecimiento del pensamiento democrático. Según García Norro, el ejercicio filosófico no puede quedar confinado a las aulas universitarias; su potencial transformador radica precisamente en su capacidad de problematizar las evidencias, cuestionar las narrativas dominantes y abrir horizontes de sentido en la vida cotidiana. En este marco, la comunicación pública de la filosofía se convierte en una práctica de mediación cultural, donde el filósofo deja de ser un mero transmisor de contenidos para convertirse en facilitador de procesos de deliberación y reflexión colectiva.

El campo de estudios sobre Comunicación Pública de la Ciencia ofrece un marco metodológico valioso para pensar esta tarea. Tal como se ha planteado en este ámbito, la comunicación pública no es unidireccional, sino que supone reconocer a los interlocutores como actores activos, portadores de saberes y experiencias que enriquecen el intercambio. Adaptar este enfoque a la filosofía implica diseñar estrategias que promuevan la participación, la co-creación de preguntas y la apropiación social de las herramientas conceptuales. De este modo, la filosofía puede dejar de ser percibida como un saber abstracto o elitista y convertirse en un recurso público para abordar los dilemas éticos, políticos y tecnológicos de nuestro tiempo.

Abstract

The philosophical reflection has had historically a privileged position in the academic realm, setting up conceptual and methodological frameworks that have influenced in science, politics and culture. Though, its projection in the public sphere still is an inescapable challenge for those who seek the philosophical thought dialogues with contemporary issues. In this regard, is particularly

pertinent to recover Almeida Minjares's proposal (2016), who carefully distinguishes between diffusion, divulgation and public communication of philosophy. For the authoress, while the diffusion is limited to the information transmission on specialized circuits and the divulgation is aimed at making accessible concepts and theories to a non-expert audience, the public communication of philosophy implies a broader process of dialogue, participation and exchange of knowledge. It's not only about to translate the academic language, but to generate spaces in which philosophy can be questioned, discussed and resignified, in a collective way.

From this perspective, García Norro's contribution (2012) is complementary, since it emphasizes the critical dimension of philosophy as a tool for citizenship building and strengthening democratic thought. According to García Norro, philosophical practice cannot be confined to university classrooms; its transformative potential lies precisely in its ability to problematize the evidence, questioning the dominant narratives and to expand horizons of meaning in everyday life. In this regard, public communication of philosophy becomes a practice of cultural mediation, where the philosopher ceases to be a mere transmitter of content to become a facilitator of collective deliberation and reflection processes.

The field of studies on Public Communication of Science offers a valuable methodological framework to think about this task. As has been addressed in this field, public communication is not unidirectional, but it implies recognizing interlocutors as active participants, knowledge and experiences bearers that enrich the exchange. Adapt this approach to philosophy implies to design strategies that promote participation, co-creation of questions and social appropriation of conceptual tools. Thus, philosophy can cease to be perceived as abstract or elitist knowledge and become a public resource for addressing ethical, political and technological dilemma of our age.

Palabras Clave

Comunicación pública de la ciencia. Comunicación pública de la Filosofía. Ciudadanía. Participación. Mediación cultural.

Introducción

Desde sus inicios, la filosofía ha configurado marcos de pensamiento y acción en todos los aspectos de la vida humana: la ciencia, la política, la economía, la sociedad y la cultura, sólo por mencionar algunos. Su capacidad para proyectarse e intervenir en el espacio público fue una preocupación permanente a lo largo de sus más de 2500 años de historia, y continúa siendo un desafío urgente.

En la actualidad, emerge el reto de pensar el lugar de la filosofía en la esfera pública ante el surgimiento de nuevas tecnologías y las formas de comunicación inéditas que ellas habilitan. Ante este panorama, nos interrogamos si los aportes del campo de la Comunicación Pública de la Ciencia (CPC) podrían permitirnos proyectar una Comunicación Pública de la Filosofía (CPF), entendida como práctica de mediación cultural que posibilite el ejercicio de una ciudadanía crítica en democracias frágiles y en tensión (Almeida Minjares, 2016).

Asimismo, consideramos necesario sumar los aportes que proponen entender la enseñanza de la Filosofía como un problema filosófico en sí mismo (Cerletti, 2008) y las reflexiones sobre la enseñanza como práctica situada y productora de sentido (Steiman, 2023). Del mismo modo, resulta pertinente recuperar la tradición de filósofos y filósofas que han defendido una Filosofía destinada para todos y todas: quienes sostuvieron la necesidad de democratizar el pensamiento filosófico y convertirlo en herramientas para la crítica de la experiencia social y política de los pueblos (Bardaro, 2006; Gramsci, 1970)

Por su parte, desde la perspectiva de la filosofía de la liberación (Dussel, 1983), el desafío no es menor: filosofar implica asumir el compromiso de pensar desde las realidades concretas de los pueblos oprimidos y excluidos, construyendo sentidos que interroguen las estructuras de poder y habiliten horizontes de transformación. No se trata solo de criticar narrativas dominantes, sino de escuchar las voces históricamente silenciadas (mujeres, trabajadores, pueblos originarios, sectores populares) y reconocer en ellas el lugar desde donde se inaugura la plena otredad filosófica. En ese sentido, se abre la posibilidad de una Filosofía de la Resistencia (Fracchia, 2001) en diálogo con las nuevas generaciones mediante la crítica incisiva de las múltiples aristas de nuestra realidad.

Finalmente, a partir de la valoración crítica de los aportes mencionados, proponemos algunos ejes fundamentales que podrían configurar un modelo de Comunicación Pública de la Filosofía.

Contra la simplificación: pensar críticamente para emancipar colectivamente

La filosofía siempre fue un territorio propicio para las grandes preguntas de la Humanidad: ¿Qué es la justicia?, ¿Qué significa vivir bien?, ¿Cómo se construye la dignidad humana? Al institucionalizarse su práctica, las respuestas y las discusiones derivadas de estas preguntas quedaron muchas veces restringidas a ámbitos académicos. Pero ¿Qué sucede cuando el pensamiento filosófico cruza los muros de la universidad y se encuentra con los dilemas de la vida cotidiana? En un mundo atravesado por crisis sociales, transformaciones tecnológicas y una sobrecarga de información, ¿Es suficiente con difundir teorías? ¿Es posible adaptar la práctica filosófica a las lógicas algorítmicas o a la inmediatez de las redes sociales? Sea cual fuere la respuesta, lo que está en juego es abrir espacios de diálogo donde el pensamiento crítico pueda ser apropiado y resignificado como herramienta de emancipación colectiva. Filosofar en público, entonces, no debería limitarse a simplificar contenidos. En cambio, podría constituirse como un acto de mediación cultural: traduciendo, contextualizando y resignificando el pensamiento filosófico en ámbitos no especializados.

Entre los pocos estudios que problematizan la Comunicación Pública de la Filosofía (CPF), encontramos los aportes de Almeida Minjares (2016), quien propone algunos de sus fundamentos teóricos junto con una serie de elementos para avanzar en su concreción. La autora señala lo paradójico de no contar con una profesionalización en el campo de la divulgación filosófica, siendo la filosofía occidental una práctica esencialmente dialógica desde sus inicios en el ágora clásica, bajo el signo de Sócrates y Platón. En consecuencia, los desarrollos teóricos existentes al respecto provienen del campo de la Comunicación Pública de la Ciencia (CPC). No obstante, incorporar estos aportes al ámbito filosófico, requiere de una reflexión y una valoración previa que atienda a la especificidad de la práctica filosófica.

Ante todo, es importante diferenciar tres formas de comunicación del conocimiento: la *difusión*, orientada a circuitos especializados (profesionales de la misma especialidad o personas familiarizadas con el tema); la *divulgación*, que procura adaptar el conocimiento experto a un lenguaje accesible para un público no especializado; y la *comunicación pública*, que se despliega como un proceso dialógico en el cual los interlocutores no son receptores pasivos, sino sujetos activos en la creación de sentido. Aquí radica la diferencia central: este último modelo se distingue de los anteriores en cuanto supone un diálogo entre actores que construyen un lenguaje común y se transforman en el proceso. Aparece como trasfondo el derecho a la participación y el empoderamiento del público para poder proponer y debatir con la información necesaria para ello.

En consecuencia, una Comunicación Pública *de la Filosofía* no buscaría simplificar el saber filosófico, sino intentar generar experiencias colectivas de pensamiento. Un taller en un centro cultural, un *streaming* en redes sociales, una clase abierta en la escuela o un debate ciudadano sobre dilemas éticos actuales (desde el consentimiento hasta el cuidado de la vida en un planeta amenazado, *eros* y *thanatos*) son prácticas que evidencian cómo la filosofía puede volverse un recurso vivo en el espacio público, involucrando al pensamiento de quienes están presentes con los aportes de la tradición.

Problematicidad y decisiones filosóficas en la didáctica

Superando las perspectivas tecnicistas, la Didáctica puede ser entendida como una mediación entre tres dimensiones inseparables: la crítica a las estructuras existentes, la creatividad para imaginar alternativas y el compromiso transformador con la realidad (Steiman, 2023). Esta mirada, puesta en función con una posible Comunicación Pública de la Filosofía (CPF), adquiere una potencia particular cuando pensamos en el pasaje del ágora clásica a las plataformas digitales. Allí donde antes predominaban la conversación presencial y la deliberación cara a cara, hoy se despliegan debates atravesados por algoritmos, dinámicas de visibilidad selectiva y fragmentación de audiencias.

El paradigma propositivo de Steiman invita a no resignarse ante estas condiciones y a reapropiarse de los espacios digitales como nuevos escenarios de encuentro filosófico. Pero ¿qué tipo de encuentros? Desde esta perspectiva, la CPF no puede limitarse a reproducir discursos académicos en formato virtual,

sino que debe generar formas narrativas innovadoras que interpelen directamente a los públicos. Esto implica explorar una cantidad de recursos en crecimiento, como podcasts, videos breves, infografías interactivas o hilos en redes sociales, y articularlos en propuestas filosóficas capaces de articular el rigor conceptual con lenguajes cercanos y accesibles para diversas audiencias.

En este marco, podemos pensar en prácticas atravesadas por tres características: crítica, creatividad y transformación. Ser crítico significa cuestionar las estructuras de poder que organizan la circulación del conocimiento, visibilizando las exclusiones y desigualdades que los entornos digitales suelen profundizar. Ser creativo supone ensayar nuevas mediaciones que no repitan la lógica de la cátedra universitaria, sino que habiliten conversaciones horizontales, colectivas y situadas. Ser transformador, finalmente, implica orientar estas prácticas hacia la construcción de una ciudadanía crítica, es decir, hacia comunidades que no solo reciban contenidos, sino que desarrollen herramientas para filosofar y actuar sobre su realidad.

De este modo, la CPF podría configurarse como un paradigma con capacidad de tejer redes entre tradición y contemporaneidad: recuperar la vocación pública de la filosofía clásica, pero reinventada en clave digital, ampliando sus fronteras y multiplicando sus voces. En vez de quedar atrapada en la denuncia o en la mera exposición de conceptos, la Filosofía podría amplificarse como un ejercicio colectivo de imaginación y acción, donde las comunidades no sean receptoras pasivas, sino protagonistas de un proceso que combina pensamiento crítico, creatividad cultural y compromiso social.

Por otra parte, si entendemos la práctica filosófica como una construcción subjetiva que se apoya en elementos objetivos y coyunturales, debiendo constituirse en objeto de problematización filosófica (Cerletti, 2008), es imposible pensar en procedimientos pedagógicos por fuera de su contexto, porque filosofar implica una actualización constante de todos los componentes involucrados. Cualquiera sea la propuesta didáctica, su condición de posibilidad será siempre un conjunto de decisiones filosóficas sobre qué es filosofía, qué es filosofar y qué es enseñar filosofía. En consecuencia, la responsabilidad de quienes habitan estos espacios es mayúscula, ya que es a partir de las decisiones que se tomen sobre el sentido de la práctica que se puede simplemente reproducir los contenidos conceptuales como un saber estático o bien abrir la posibilidad de

construir espacios de pensamiento. En nuestro caso, esto último implica además salir al encuentro de los no especialistas, en espacios extra áulicos, lo cual amplía las posibilidades, pero al mismo tiempo aumenta las incertidumbres.

Filosofía para todos y todas

A diferencia de cualquier otro saber especializado, la Filosofía tiene la tarea de dirigirse a todo el mundo, en tanto todo el mundo es potencialmente capaz de filosofar. Si bien la Filosofía posee una jerga especializada, es necesario forjar un lenguaje accesible sin perder pertinencia ni profundidad (Bardaro, 2006). Esto requiere de cierto esfuerzo para dejar la “zona de *confort*” que implica hablar sólo para especialistas e iniciados, yendo al encuentro con el otro, cuyo lenguaje, cultura o intereses pueden ser radicalmente diferentes de los propios. Con este desplazamiento también ponemos a prueba el valor de nuestras propias ideas, la validez de nuestros argumentos, frente a una realidad que es compleja y cambiante. Tal como señala Martha Bardaro (2006):

El lenguaje técnico suele convertirse en una pared de finísimo cristal. Me permite ver la realidad pero no me contacta con ella, al revés, me separa. (...) El intelectual debe poner la ciencia al alcance de todos, sin transformarla en cenáculos para iniciados. (p. 200)

Desde ese mismo punto de partida, Antonio Gramsci plantea que todos los seres humanos son filósofos en tanto participan de una concepción de mundo. Por el sólo hecho de habitar una cultura, cada persona practica una filosofía espontánea basada en el lenguaje que habla y en el sentido común de su época, así como en la religiosidad y las costumbres populares (Gramsci, 1970). Sin embargo, esta forma de filosofar participa de manera disgregada y ocasional de una concepción de mundo impuesta por el ambiente exterior, y en particular por las clases dominantes. Hacer filosofía con conciencia crítica implica romper con este modo de actuar “casi automático” para poder elaborar una concepción del mundo propia, de manera unitaria y coherente. Esto se logra mediante el estudio crítico de la tradición filosófica, la conciencia de la historicidad y pluralidad de las concepciones de mundo entre las cuales se inscribe la nuestra, y la participación en instancias de diálogo con otras personas. En esa interacción se hace posible pensar colectivamente de modo coherente el

presente real y efectivo como forma de democratizar el saber, ampliar los límites del discurso filosófico y convertirnos en sujetos activos de nuestra propia historia.

Finalmente, el filósofo chaqueño Eduardo Fracchia propone una “filosofía de la resistencia”, sin importar si se practica en las calles o en las aulas, como una construcción cotidiana sin recetas previas, con la crítica inquisitiva como única arma. La filosofía, entonces, se identifica con la vida, en cuanto resistencia al sometimiento, a la exclusión y a la muerte: “hacer filosofía aquí y ahora exige hablar en voz alta. Y si es preciso, gritar” (Fracchia, 2001, p. 7).

La filosofía, entre la investigación y la docencia

Las reflexiones de García Norro (2012) plantean que la filosofía no puede permanecer confinada en el claustro universitario: su potencia radica en cuestionar lo evidente, abrir interrogantes que desestabilicen certezas y generar horizontes de sentido que puedan incidir en la vida social.

Al interior de la Universidad, la filosofía parece dividirse entre quienes asumen un rol docente, dedicados principalmente a la enseñanza en distintos niveles educativos, y quienes optan por la trayectoria de investigadores, centrados en la producción de artículos, libros y debates especializados. Esta dicotomía, aunque funcional en términos institucionales, resulta insuficiente para captar toda la riqueza del quehacer filosófico en un siglo donde la tecnología avanza de manera despiadada y veloz. Además, se produce cierta jerarquización de quien investiga, en tanto se concibe como productor de conocimiento, por sobre aquel que enseña, concebido como alguien que sólo “transmite” o “reproduce” conocimiento ya elaborado.

No obstante, se abre la posibilidad de plantear una tercera vía: la figura del filósofo divulgador o comunicador público, que no reemplaza a la docencia ni a la investigación, sino que las complementa con un rol propio. Esta vía se propone como espacio de mediación entre la filosofía académica y la sociedad, asumiendo la tarea de traducir, contextualizar y resignificar conceptos y debates filosóficos en escenarios no especializados. No se trata de banalizar ni de perder rigor, sino de habilitar nuevos canales de interlocución.

Tanto la advertencia de García Norro como la distinción de Almeida Minjares nos permiten pensar que la filosofía, si pretende ser fiel a su vocación pública, debe superar la dicotomía entre docencia e investigación, y apostar por

reconocer y fortalecer la comunicación pública como dimensión constitutiva de su práctica. Esto implicaría, a futuro, diseñar políticas de formación y reconocimiento académico que contemplen la divulgación no como un “extra”, sino como parte esencial del quehacer filosófico.

Experiencias de irrupción en el espacio público

El estudio de Barrios y Rodríguez (2020) sobre femicidios en Argentina durante la pandemia muestra cómo la comunicación, cuando se asume con sensibilidad y rigor ético, no solamente puede ser parte constitutiva de una investigación sino también una herramienta transformadora frente al sensacionalismo mediático. Trasladar esta experiencia al campo filosófico habilita la posibilidad de pensar conceptos como violencia simbólica o consentimiento no como verdades acabadas, sino como categorías críticas que permiten a las comunidades elaborar su propia lectura de la realidad.

Por su parte, Castelfranchi y Fazio (2020) subrayan que la comunicación pública de la ciencia debe ser entendida como práctica política. Los públicos no son carentes de información, sino ciudadanos capaces de deliberar. Para evaluar la calidad de estos procesos, proponen tres dimensiones: pertenencia efectiva, efectividad de derechos y participación real. En clave dusseliana, esto significaría reconocer que la comunicación filosófica debe estar anclada en los problemas locales y en las luchas de quienes históricamente quedaron fuera del canon, no como receptores sino como protagonistas de la construcción de saberes.

Cabe señalar que la ocupación del espacio público no significa lo mismo para todos. Sectores históricamente movilizadores (docentes, estudiantes, mujeres en lucha, trabajadores en general) han hecho de la calle un espacio de acción. Otros, en cambio, habituados a privilegios, han transitado lo público sin conflicto, y hoy, al temer su pérdida, se repliegan a lo privado con actitudes defensivas o violentas, las redes sociales inundadas de *trolls*, amenazas y discursos de odio. Señala Dussel al respecto: “Los medios de comunicación se han transformado en un instrumento impresionante de poder, más importante

aún que los partidos políticos, porque no expresa la opinión pública, si no crea la opinión pública que es muy distinto”³

Hacia un modelo de comunicación pública de la filosofía

De la articulación de estos aportes surge un modelo de Comunicación Pública de la Filosofía con tres ejes fundamentales:

- *Principios*: diálogo situado en problemas concretos, co-producción de preguntas, ética del cuidado y reconocimiento de la dimensión política del conocimiento.
- *Prácticas*: talleres deliberativos en escuelas y barrios, clubes de filosofía, *streaming* participativos o foros ciudadanos sobre dilemas contemporáneos.
- *Criterios de evaluación*: diversidad y continuidad de la participación, apropiación comunitaria de conceptos filosóficos y capacidad de incidir en decisiones colectivas.

En definitiva, lo que está en juego es si la filosofía se animará a inventar su propia voz pública. Una voz que no se limite a repetir lo académico con otro tono, sino que se nutra de las múltiples experiencias que surgen en los diversos espacios-territorios. Allí, en ese cruce entre lo teórico y lo práctico, puede nacer una divulgación filosófica que no sea un adorno o una “bajada”, sino una herramienta para pensar críticamente el presente y transformar la realidad.

El comunicador o divulgador de la filosofía debe tener conocimiento del tema (implicaciones, problemas y aporías). Debe conocer al público y su contexto y valerse de un medio de comunicación apto para su público. El divulgador debe adoptar el lenguaje adecuado al público y debe partir de conceptos y problemas comunes, y presentar a la filosofía interesante y significativa para el público. (Almeida, 2016, p. 24).

La filosofía siempre fue un ejercicio de conversación. Hoy, desde una mirada liberadora, invitamos a que esa conversación se despliegue en lo público:

³ UNITV. (2023, 06 de noviembre). #TEXTUALES -Los medios y el poder- [video] Youtube. <https://www.youtube.com/shorts/mW43TyayleM>

en las aulas, en las plazas, en los medios y en las redes. No se trata de ofrecer respuestas definitivas, sino de abrir preguntas colectivas capaces de disputar sentidos y transformar la vida común.

Porque, como señala Dussel, la filosofía latinoamericana no puede limitarse a repetir cánones heredados: debe pensar desde la exterioridad y desde el rostro del otro, reconocer las opresiones históricas y construir con quienes han sido negados una nueva comunidad de sentido. Hacer filosofía, entonces, no es un lujo académico, sino un acto político y ético: una praxis liberadora que nos convoca a mirar el mundo con otros ojos y a hacerlo, sobre todo, en comunidad.

Referencias

- Almeida Minjares, L. (2016). Bases para un modelo de comunicación pública de la filosofía. *Revista de Filosofía (Universidad Iberoamericana)*, 48 (140), 11-27.
- Bardaro, M. (2006). *¿Qué es la Antropología Filosófica? Introducción a una filosofía de lo cotidiano*. Librería De La Paz.
- Bardaro, M. (2023). *¿Nos atrevemos a filosofar?* Contexto.
- Barrios, A., & Rodríguez, M. (2020). *Femicidios en Argentina durante la pandemia: la comunicación en clave de articulación de la extensión y la investigación*. +E: Revista de Extensión Universitaria, 12(17), 1-12.
- Castelfranchi, Y., & Fazio, M. (2020). Comunicación de la ciencia en América Latina: construir derechos, catalizar ciudadanía. En J. Vaccarezza, Y. Castelfranchi & M. Massarani (Comps.), *Comunicación pública de la ciencia en América Latina*.
- Cerletti, A. (2008). *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*. Libros del Zorzal.
- Dussel, E. (1983) Praxis y Filosofía. En *Praxis Latinoamericana y Filosofía de la Liberación*. Nueva América.
- Fracchia, E. (2001). *Apuntes para una Filosofía de la Resistencia*. Fundación Mempo Giardinelli.
- García Norro, J. (2012). *Convirtiéndose en filósofo. Estudiar Filosofía en el siglo XXI*. Síntesis.
- Gramsci, A. (1970). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Península.

Steiman, J. (2023). *Enseñar didáctica. Recorridos para un paradigma propositivo*. Miño y Dávila.

UNITV. (2023, 06 de noviembre). #TEXTUALES -Los medios y el poder- [video]

Youtube. <https://www.youtube.com/shorts/mW43TyayleM>